

ó fealdad espantosa que suelen dexar en el ánimo al acabarse de cometer los enormes delitos.

Pasó luego Hernan Cortés al quarto de Motezuma, que volvió en sí dentro de breve rato; pero tan impaciente y despechado, que fue necesario detenerle para que no se quitáse la vida. No era posible curarle, porque desviaba los medicamentos: prorumpia en amenazas, que terminaban en gemidos: esforzabase la ira, y declinaba en pusilanimidad: la persuasión le ofendia, y los consuelos le irritaban: cobró el sentido para perder el entendimiento; y pareció conveniente dexarle por un rato, y dar algun tiempo á la consideracion, para que se desembarazáse de las primeras disonancias de la ofensa. Quedó encargado á su familia, y en miserable congoja, batallando con las violencias de su natural, y el abatimiento de su espíritu, sin aliento para intentar el castigo de los traidores, y mirando como hazaña la resolucion de morir á sus manos. Bárbaro recurso de animos cobardes, que gimen debaxo de la calamidad, y solo tienen valor contra el que puede menos.

Impacien-
cias de Mo-
tezuma.

Su desespera-
cion.

CAPITULO XV.

MUERE MOTEZUMA SIN QUERER reducirse á recibir el bautismo. Envia Cortés el cuerpo á la ciudad: celebran sus exéquias los Mexicanos; y se describen las calidades que concurrieron en su persona.

Perseveró en su impaciencia Motezuma, y se agravaron al mismo paso las heridas, conociendose por instantes lo que influyen las pasiones del ánimo en la corrupcion de los humores. El golpe de la cabeza pareció siempre de cuidado, y bastaron sus despechos para que se hiciese mortal; porque no fue posible curarle como era necesario, hasta que le faltaron las fuerzas para resistir á los remedios. Padecia-se lo mismo para reducirle á que tomáse algun alimento, cuya necesidad le iba extenuando: solo duraba en él alentada y vigorosa la determinacion de acabar con su vida, creciendo su desesperacion con la falta de sus fuerzas. Conocióse á tiempo el peligro, y Hernan Cortés (que faltaba pocas veces de su lado, porque se moderaba y componia en su presencia) trató con todas veras de persuadirle á lo que mas le importaba. Volvióle á tocar el punto de la Religion, llamandole con suavidad á la detestacion de sus errores, y al conocimiento de la verdad. Habia mostra-

Agrávase
la herida de
la cabeza.

Diligencias
que se hi-
cieron para
su conver-
sion.

do en diferentes ocasiones alguna inclinacion á los ritos y preceptos de la Fé Católica, desagradando á su entendimiento los absurdos de la idolatría, y llegó á dar esperanzas de convertirse; pero siempre lo dilataba por su diabólica razon de estado, atendiendo á la supersticion agena, quando le dexaba la suya, y dando al temor de sus vasallos mas que á la reverencia de sus dioses.

Persuasiones de Cortés y de Fr. Bartolomé.

Hizo Cortés de su parte quanto pedia la obligacion de Christiano. Rogabale unas veces fervoroso, y otras enternecido que se volviese á Dios, y aseguráse la eternidad recibiendo el bautismo. El Padre Fray Bartolomé de Olmedo le apretaba con razones de mayor eficacia. Los Capitanes que se preciaban de sus favorecidos, querian entenderse con su voluntad. Doña Marina pasaba de la interpretacion á los motivos y á los ruegos: y diga lo que quisiere la emulacion, ó la malicia (que hasta en este cuidado culpa de omisos á los Españoles) no se omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad. Pero sus respuestas eran despropósitos de hombre precito: discurrir en su ofensa, prorumpir en amenazas, dexarse caer en la desesperacion, y encargar á Cortés el castigo de los traidores: en cuya batalla, que duró tres dias, rindió al demonio la eterna posesion de su espíritu, dando á la venganza y á la ferocidad las últimas cláusulas de su aliento; y dexando al mun-

Sus respuestas.

Muere observado.

do un exemplo formidable de lo que se deben temer en aquella hora las pasiones, enemigas siempre de la conformidad, y mas absolutas en los poderosos, porque falta el vigor para sujetarlas, al mismo tiempo que prevalece la costumbre de obedecerlas.

Fue general entre los Españoles el sentimiento de su muerte, porque todos le amaban con igual afecto, unos por sus dádivas, y otros por su gratitud y benevolencia. Pero Hernan Cortés, que le debía mas que todos, y hacia mayor pérdida, sintió esta desgracia tan vivamente, que llegó á tocar su dolor en congoja y desconsuelo: y aunque procuraba componer el semblante por no desalentar á los suyos, no bastaron sus esfuerzos para que dexáse de manifestar el secreto de su corazon con algunas lagrimas que se vinieron á sus ojos, tarde, ó mal detenidas. Tenia fundada en la voluntaria sujecion de aquel Príncipe la mayor fábrica de sus designios. Habíasele cerrado con su muerte la puerta principal de sus esperanzas. Necesitaba ya de tirar nuevas líneas para caminar al fin que pretendia. Y sobre todo le congojaba que hubiese muerto en su obstinacion: último encarecimiento de aquella infelicidad, y punto esencial que le dividia el corazon entre la tristeza y el miedo, tropezando en el horror todos los movimientos de la piedad.

Sentimiento de los Españoles.

Su primera diligencia fue llamar á los criados del difunto, y elegir seis de los mas principales para que

Envia Cortés el cadáver con sus criados.